

Carmen Domingo

«Amo a Gala más que a mi padre,  
más que a mi madre, más que a Picasso  
y más incluso que al dinero»

# Gala-Dalí

LA NOVELA SOBRE LA MUSA DEL PINTOR



  
ESPASA

## ÍNDICE

PORTADA

DEDICATORIA

EL LOCO. TODOS LOS CAMINOS SON MI CAMINO

I. EL MAGO. HOY EMPIEZA TODO

II. LA PAPISA. LA ESPERA HACIA LA INICIACIÓN

III. LA EMPERATRIZ. LA FE EN LO QUE HAGO ELIMINA  
LOS LÍMITES

IIII. EL EMPERADOR. VEO FLAQUEZAS SIN FLAQUEAR

V. EL PAPA. EMPEZAR ACOMPAÑADO Y ACABAR...

VI. LOS ENAMORADOS. LA EXISTENCIA DE OTRO QUE  
SOY YO

VII. EL CARRO. AVANZAR HACIA EL ÉXITO

VIII. LA JUSTICIA. EL EQUILIBRIO Y LA PERFECCIÓN NO  
SON SIMÉTRICOS

VIIII. EL ERMITAÑO. HAY MESES QUE PASAN COMO  
AÑOS Y AÑOS QUE PASAN COMO MESES

X. LA RUEDA DE LA FORTUNA. EL SURREALISMO VENDE  
MAL Y SALE CARO

XI. LA FUERZA. ESPÍRITU Y CUERPO RECLAMAN DINERO

XII. EL COLGADO. LA PACIENCIA SE PREMIA

XIII. LA MUERTE. ROMPER CON EL PASADO E INICIAR LA  
MARCHA

XIIII. LA TEMPLANZA. LANZARSE A LA BÚSQUEDA DE UN  
RITMO NUEVO

XV. EL DIABLO. LA UNIÓN DE CONTRARIOS NOS HACE FUERTES

XVI. LA TORRE. SALIR DE LO NEGATIVO Y ADENTRARSE EN LO POSITIVO

XVII. LA ESTRELLA. EL CAMINO YA NO TE PIERDE

XVIII. LA LUNA. PROBANDO NUEVOS MUNDOS

XIX. EL SOL. CAEN LOS LASTRES PARA QUE PUEDA SEGUIR EL CAMINO SOLA

XX. EL JUICIO. EMERGIENDO DE TURBIOS SENDEROS

XXI. EL MUNDO. LA SUERTE ESTÁ ECHADA CAMINO SIN DIRECCIÓN. EL LOCO.

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A Nacho Barón,  
porque sin él, su tarot  
y su paciencia, esta novela  
no sería la misma.*

## EL LOCO

### TODOS LOS CAMINOS SON MI CAMINO

*Castillo de Púbol, 1980*

*A veces los hijos molestan. No se necesitan cerca. Incluso deseearías no haberlos tenido. ¿Por qué? A saber. Son cosas que pasan. Sensaciones que te llegan sin darte ni cuenta, pero que no puedes evitar y, entonces, como si nunca hubieran nacido, desaparecen de tu mente durante años. Los borras de tus recuerdos. Entrás. Sales. Viajas. Haces tu vida sin ellos. Una vida plena desde el principio hasta el fin, guiada solo por tus instintos, por tus deseos. Hasta que un día, de pronto, cuando tú ya hace años que no piensas en ellos, alguien te recuerda que sí, que una vez fuiste madre de una niña y entonces gritas:*

*—¡Que no entre a mi castillo! ¡No quiero verla!*

*Había aprendido a huir de ese recuerdo. Incluso llegué a creermelo que no había existido nunca. Y viví feliz durante muchos años. ¿Era tan difícil entender que yo quería vivir la vida a mi manera? ¿Que quería descansar, alejarme de los demás, para alcanzar mis sueños? ¿Para cumplir mis deseos? ¿Que nunca había deseado ser madre? Con los años, si había algo que tenía claro era que yo no necesitaba los lamentos de una hija que no había sentido como tal ni en el mismo momento de su nacimiento. Como también aprendí*

*con el paso del tiempo que tampoco precisaba de la compañía de un viejo decadente que apenas se atrevía a salir de casa sin mi consentimiento y que había acabado por desarrollar todas y cada una de las excentricidades típicas de un anciano decrepito que ya nada tenía que ver conmigo.*

*La intimidad, y sobre todo la familiaridad, hace mermar las pasiones. Y la llama del amor hay que mantenerla encendida con lo nuevo, lo insospechado, lo sorprendente, lo imprevisto y yo quería seguir viviendo así, alejarme del pasado. Por eso me vine aquí, a Púbol. Recuerdo que se lo confesé a un periodista en una de las últimas entrevistas que me hicieron hace no mucho. No hablaba de Salvador, sino de mis escapadas americanas. Pero el periodista insistía preguntándome sobre él.*

*¿El pintor?*

*¿El genio?*

*¿El hombre?*

*¿Qué me importaban a mí los desvaríos de un viejo impotente? ¿Qué sabía yo de lo que podía estar haciendo en esos momentos? Imagino que estaría en casa, rodeado de unos cuantos jovencitos imberbes dispuestos a hacer lo que fuera para recibir la caricia de quien todavía se cree un genio; o quizás frente a una docena de lienzos en blanco dispuesto a firmarlos, sin importarles ni quién ni qué acabaría dibujado encima semanas después. Él no tenía nada de lo que hablar, en realidad nunca tuvo mucho que decir. Era yo la única que tenía algo que decir al mundo, aunque siempre lo hubiera hecho por boca de algún otro, aunque siempre me hubiera mantenido en un segundo plano. Eso era lo verdaderamente interesante, lo que yo pensaba, hacía o ayudaba a hacer. ¿Cuánto tiempo tenía que pasar para que se valorara el papel de la musa por encima del del genio? ¿Qué más tenía que demostrar? Lo miré fijamente, lanzándole una media sonrisa, insinuándole que iba a con-*

*testar, pero que me lo estaba pensando. Sabía que en aquel entonces todavía podía atraer a la prensa, a los hombres. ¿Cómo no iban a interesar las fantasías eróticas de una mujer madura que podía mostrar y disfrutar de un cuerpo mucho mejor que la mayoría de jovencitas y que no se avergonzaba de ello? Conocía a la perfección la atracción que ejercía en los hombres y me complacía con ella. Se lo conté sin escatimar ni un solo detalle, pero no me creyó, no estaba esperando oír eso. Me miró insinuando que era una anciana fantasiosa y, al final, no escribió ni una letra de nuestra conversación.*

*Desde entonces, cuando me llaman de algún diario pidiéndome una entrevista, ya ni contesto. No voy a convencerlos de nada. Ha pasado el tiempo. Ahora hay días en que ni yo misma le pongo cara a todas esas fantasías eróticas tantas veces llevadas a la práctica en otras épocas, ni a los hombres con los que las llevé a cabo. Por más que, cuando cierro los ojos, todavía noto los abrazos recibidos, los besos robados, las horas haciendo el amor de todas las maneras que la imaginación me permitía, las tardes pasadas junto a Salvador, hablándole de todas aquellas posturas que yo practicaba junto a otros hombres y que él nunca se atrevería a realizar conmigo, los días enteros junto a Paul sin salir de la cama, amándonos una y otra vez hasta caer exhaustos, mis escapadas con Max ignorando al mundo entero, mis encuentros furtivos con John y con tantos otros, el sudor de esos cuerpos jóvenes que fueron llegando poco a poco a mi cama, a medida que necesitaba yo nuevas experiencias y que me han regalado tantas tardes de placer más allá de lo imaginado, mientras me servía de ellos para alejarme de la decadencia que se vivía en Cadaqués... Cientos, miles, millones de horas de amor, de disfrute, que pasaron por todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo y se quedaron dentro para siempre. Por eso ahora quiero es-*



tar sola. Disfrutar de mi castillo, de Púbol, de mis recuerdos y de este hogar donde solo yo me puedo creer ya que algún día volverán a ser ciertas.

Esa mañana estaba en la habitación despierta, vestida y levantada, tres cosas que últimamente no suelen ser frecuentes en mí. Todavía iba algo despeinada y no me había acabado de maquillar. Me había vestido con una falda plisada y esa blusa de marinera que tanto le gusta a Salvador para hacerme retratos y que el paso del tiempo ha hecho que amarillee un poco por los hombros. Me he colocado el lazo negro para el pelo que me regaló Coco. De nuevo el tiempo... Frente al tocador, al mirarme, confirmo lo que ya sé: mi cuerpo ha cambiado poco. Quizás sería más exacto decir mi talla. ¡Qué más da! Ese día, digo, estaba esperando a que llegara Marta para ayudarme con el pelo, que me peinara y me colocara el lazo bien centrado y pintara mis labios con carmín rojo como tantas veces he hecho y que ahora el pulso no me deja realizar con precisión. Justo en el momento en que estaba mirándome al espejo y trataba de decidir si me quedaba o no con la blusa puesta, entra Marta muy excitada y me dice:

—Señora, es su hija, está aquí. ¡Cécile acaba de llegar! ¡Ha venido a verla desde París!

Me lo dice contenta, con una sonrisa. Supone que su felicidad será la mía al conocer la noticia.

—No quiero visitas —le digo y añado cambiando de tema—: Tienes que arreglarme el pelo y retocarme un poco la cara —contesto sin dudar y sigo mirándome al espejo.

—Pero señora... su hija...

El tono de Marta cambia. Está decepcionada por mi respuesta. Pero no voy a dar mi brazo a torcer, aunque la situación me incomoda, lo reconozco y sería más fácil claudicar. No soporto las sorpresas ni que me lleven la contraria

en mi propia casa: no quiero verla. Punto. No hay más que hablar.

—¿Cuántas veces he de decirlo? ¡Este es mi castillo! ¡Púbol es mío y solo mío y no quiero a nadie! ¡Aquí solo se entra con invitación y no estoy de humor para invitar a nadie!

—Está en la puerta —insiste con voz zalamera—, hace años que no la ve.

¿Hacia dónde debo mirar para no darme de bruces con la realidad? ¿Qué espejos tengo que conservar colgados que no muestren el paso del tiempo? ¿Cuántas fotos he de romper para que la imagen de antaño sea la recordada? ¿En qué momento he de decidir que una se detiene para siempre y mantiene junto a sí aquello que fue una vez? ¿Cómo huir de los días, los meses, los años que pasan inexorables a nuestro lado hasta que nos convierten en una máscara de lo que fuimos?

—¡Verla me hace vieja! ¡No la soporto! Dile que se vaya.

Estoy furiosa. Me quiero levantar de la silla, pero no tengo fuerzas. No puedo huir, aunque necesito hacerlo porque no tengo ganas de seguir esta conversación. Le he dicho una y mil veces al servicio que no dejen entrar a nadie en mi castillo. Lo han sabido desde el momento mismo en que los contraté. Las órdenes estaban claras. También le puse esa condición a Salvador cuando acepté Púbol como regalo. Ni él, ni Cécile, ¡nadie! No hay excepciones a esa regla. Uno y otra me hacen sentir vieja y no soporto la vejez. Ahora solo me aterra el paso del tiempo y no quiero verlo pasar en los demás.

En mi castillo estoy a gusto. Me levanto sin prisa, paseo por el jardín, leo, me echo las cartas del tarot un par de veces al día... Esta mañana me he mirado en el espejo del tocador y he sonreído al ver a un lado el icono ruso que me ha acompañado desde niña. No recordaba haberlo dejado

aquí. ¡Qué lejos queda Kazán de todo esto y a la vez qué cerca al ver esa talla! Me costó, pero lo logré. Me fui para no volver. También borré esa parte de mi vida. Desde el momento en que salí de Rusia, empecé a prescindir de todos y cada uno de los recuerdos que quedaban en mi mente, mis hermanos, mi madre... mi padre. Escapé de todo y así pude ser yo misma. Los recuerdos impiden avanzar. Para eliminarlos hay que ser fuerte, no dejar que nada te amilane, mantenerte firme en tus planes y seguir adelante, sin mirar atrás. Y eso he hecho a lo largo de toda mi vida. Pero el tiempo pasa y yo empiezo a estar cansada, me queda menos resistencia y casi no tengo planes. Incluso mis manos, con manchas y ya arrugadas, han perdido su juventud dejando que se marquen todos y cada uno de los huesos a través de la piel. Ya no hay marcha atrás. El tiempo corre más deprisa de lo que yo alguna vez hubiera imaginado. Pensaba que lo lograría, pero ni teniendo todo el oro del mundo puedo detener su avance. Por eso quiero que me dejen sola. Estar tranquila. Para los demás puede pasar el tiempo, pero yo, yo, estoy en Púbol y aquí sigo, siendo la Gala de siempre.

—No es justo —susurro apartando la mirada del espejo y agarrando la baraja del tarot—. No es justo... ¿qué hace aquí Cécile? ¿A qué ha venido? Ya le dije que no le daría ni un céntimo más.

—Señora, me ha dicho que se ha enterado de que usted está algo enferma y por eso quiere verla.

—¿Enferma? No quiero que nadie me recuerde que soy una vieja enferma, porque no lo soy. Cécile no es como su padre, ella no necesita mi ayuda para seguir adelante.

—Señora, no es eso, ella la quiere. No viene a pedirle nada. Es su hija... y usted su madre...

De pronto, como si se tratara de una revelación, comprendo que es justo al contrario, que el pasado no existe,

que a partir de ese momento, del ahora, solo el presente va a acompañarme. Barajo entonces con fuerza las viejas cartas del tarot que me ha acompañado toda la vida. Sin contestar a Marta. Sin mirarla. Fija en la baraja. Lo hago algo más preocupada de lo habitual por lo que las cartas me puedan decir.

Saco una del mazo.

El Loco.

Qué ironía, el único arcano sin número, sin límites, libre de hacer y decir lo que quiera. Las cartas son las únicas que me entienden. A las únicas a las que les debo hacer caso.

El Loco, como yo, camina con paso resuelto, apoyado en un bastón, sin saber adónde se dirige, sin vínculos que lo aten a nada y a nadie, guiado por un principio divino, creador. Camina, caminamos, por una tierra que sacralizamos a nuestro paso. Eso he hecho yo a lo largo de toda mi vida. ¿Qué sería de todos aquellos a los que he dirigido sus pasos para que el mundo entero reconociera su valía si yo no hubiera descubierto el camino, si no les hubiera trazado su destino, si no los hubiera acompañado de la mano hasta conducirlos al éxito? Yo, la única visionaria que ha sabido percibir en ellos lo que ni siquiera ellos mismos imaginaban. ¡Menuda carta me ha ido a salir!

—Señora, Cécile insiste. Dice que esperará a que la reciba. Se ha quedado sentada en las escaleras de la puerta. Quiere verla. —El tono de voz de Marta es casi de súplica.

—Dile a esa tal Cécile que si no desaparece de Púbol llamaré a la Guardia Civil y ellos se encargarán de echarla de mi propiedad. Mi hija hace años que no existe, no sé quién es —le contesto airada—. Mejor... —me detengo a pensar en el arcano. Yo, como El Loco, camino con paso resuelto, sin ataduras, sigo buscando mi destino y tengo que encontrarlo sola como he hecho siempre. Ya no queda nadie a quien ayudar más que a mí misma. Mi vida no ha aca-

bado aquí, tengo que seguir adelante, dirigir los caminos de otras gentes... seguir buscando la belleza... Cécile sigue siendo un estorbo.

Marta se acerca a mí para escuchar lo que me falta por decir, o quizás para intentar convencerme. Puedo leer en sus ojos la súplica de que cambie de parecer. La dejo atrás y me muevo poco a poco hacia una de las cómodas de la habitación apoyándome en todos los muebles para no caerme, en el primer cajón guardo otra baraja de cartas, el tarot que pintó Salvador hace unos años. También eso lo ha hecho gracias a mí. ¿Qué sabría él de cartas adivinatorias si no hubiera sido yo la que se las explicara? ¿La que se las echara una y otra vez antes de tomar una decisión? Quiero sacar otra carta a ver si aquí la respuesta varía. Muevo las cartas con destreza, aprendí a barajar de niña, solo necesito sacar una de ellas. Al verla sonrío con amargura. Es la misma que el azar ha decidido que saliera cuando cogí el tarot de Marsella: El Loco.

Las casualidades no existen.

—Maldito viejo decrepito. Nunca has sabido estar solo —murmuro con rencor al ver la imagen dibujada en el naipe de Salvador y le muestro a Marta el dibujo de la carta para que entienda mi queja.

Ya casi no la recordaba. En la baraja de Salvador El Loco aparece acompañado de otra figura, su segundo, su doble, su otro yo. En esta no está solo. Me la quedo mirando con rabia, no puedo quitarle los ojos de encima, y es esa misma rabia la que me hace romperla en mil pedazos que caen desparramados a mi alrededor.

—Dile a Cécile que me he ido, que estoy de viaje en París o en Nueva York... donde se te ocurra —contesto entonces.

Marta me mira y no añade nada. Sabe que es inútil insistir. Pone cara de lástima y de desconcierto. Se cree que es-

toy sola, que cada vez soy más frágil, que me hago vieja, que los amigos me han olvidado y que haría bien acercándome a una hija que siempre mantuve lejos de mí para pasar los últimos años de mi vida acompañada. Lo sé. Sé que piensa eso. Pero se equivoca. Las fuerzas aún no me han abandonado del todo, mi cuerpo no es algo pasado sino presente, mi muerte no está cerca, todavía recibo cartas a diario de admiradores y mi mente tiene muy claro lo que debo seguir haciendo. El Loco tiene razón, actuar supone el triunfo y a mí aún me queda mucho que ganar.

—Necesito estirarme un rato. La piel agradece el descanso —le explico con cierto coqueteo a Marta.

Arrastro los pies, me dirijo de nuevo a la cama, no sin antes pararme frente al espejo y estirar la piel de la cara hacia atrás a la vez que hago un gesto como de asombro para elevar los párpados y crear una ilusión momentánea de que se mantiene tan tersa como cuando llegué a Europa.

—No me mires así, querida, mi cara no puede permitirse ni una arruga más y el maldito cirujano se niega a operarme de nuevo. Qué sabrá él de mis necesidades.

—¿Necesita algo más, señora? —me pregunta y de su tono de voz deduzco que ha comprendido que no vale la pena seguir insistiendo sobre Cécile.

—Marta, he decidido que es mejor que tires todos los espejos —le digo entonces.

—¿Los espejos?

—Sí, todos. En su lugar quiero fotos, retratos míos, los cuadros que me ha pintado Salvador... Está claro que alguien los ha modificado, la imagen de esa anciana que reflejan no soy yo. Los miro y solo veo a una vieja que me persigue a todas horas. Prefiero que desaparezca. Es el mismo rostro de la muerte y prefiero no tenerla cerca.

\* \* \*

Qué curioso resultaba que actuara así.

Gala había dedicado toda la vida a escapar del pasado y vivir el presente y ahora se aferraba justo a todo lo contrario, defendiendo el presente frente a cualquier otra época. No era imposible intervenir en el tiempo, para ella nada era imposible... si se lo proponía. Por eso la solución pasaba por eliminar los espejos antes de que el paso de los años se metiera en su espíritu y el presente en el castillo se volviera en su contra. Era más eficaz detener el tiempo que borrarlo, no había duda. Los espejos eran una prisión temporal y ella desde niña solo había luchado por ser libre. Para qué los quería. Los retratos, las fotografías de años anteriores mostrarían el reflejo que esperaba, el que ella recordaba y conocía, el que sentía como propio, el que mostraba a la verdadera Gala, aquella que fue un día. La Gala que viajaba, la Gala que sugería, la Gala que decidía, la Gala que obligaba, la Gala que negociaba las más favorables compraventas, la Gala que hacía el amor sin descanso... la Gala que se sentía dueña de su destino y dirigía el de muchos otros.

El espejo no duplica, no refleja, en realidad desdobra, pero ella está sola y no necesita dobles en Púbol. El castillo es enorme. Y ella, la dueña y señora, no tiene caballero que la acompañe. Quizás es mejor de este modo. En realidad su vida siempre ha sido así, siempre ha estado sola. El espejo desdoblaba al otro. Salvador no es más que un mero reflejo de ella misma, como lo fueron Paul y tantos otros que pasaron por su vida. Y ahora huye de los reflejos, de los dobles, lo mismo que huye del mar, de las compañías jóvenes y de esos cuerpos lustrosos que casi viven de forma permanente en Port Lligat atraídos por la idea del genio